

# GLOBALIZACIÓN, ESCUELA Y NUEVAS FORMAS DE EXCLUSIÓN SOCIAL

ANASTASIO OVEJERO BERNAL\*

La actual globalización, que no es sino la última etapa hasta ahora del capitalismo, está produciendo una injusticia y una desigualdad social como nunca antes se habían visto, con lo que cada vez más millones de personas van englobando las diferentes categorías de exclusión social, entre las que podemos destacar las siguientes: 1) En el Tercer Mundo son miles de millones las personas que no tienen acceso a las ventajas de la Modernidad (escolaridad, comida, salud, etc.); 2) Las enormes desigualdades Norte/Sur están haciendo que sean cada vez más las personas del Tercer Mundo que llegan a los países ricos, constituyendo un importante grupo de excluidos, el de los inmigrantes; 3) También dentro de los propios países industrializados millones de personas, particularmente jóvenes incluso cuando están bien formados escolarmente, no tienen empleo, con lo que ello implica en una sociedad economicista y de consumo; 4) El neocapitalismo global está produciendo un nuevo tipo de exclusión formado por personas que sí tienen empleo, pero es altamente precario, con unos ingresos que no permiten llevar una vida digna; 5) La propia escuela excluye, ya que quienes no culminan exitosamente una carrera profesional quedan fuera de las ventajas de la sociedad de consumo; 6) Finalmente, y en contra de lo que suele creerse, aún existen hoy día millones de personas que, en diferentes partes del mundo, viven situaciones de una esclavitud real cuyas condiciones de vida superan en dramatismo y penuria a la esclavitud de cualquier otra época anterior; y 7) A todo lo anterior habría que añadir a los excluidos de siempre: los locos, los no heterosexuales, las mujeres en muchos países, los enfermos, etc. La escuela es una vía eficaz para evitar las exclusiones sociales, pero también es una perfecta excusa para implantarlas. Sólo la cooperación y la solidaridad ayudará a su pesar esta situación de generalizada exclusión social.

Palabras Clave: Globalización, exclusión social, esclavitud, escuela

*Globalisation, School and New Ways of Social Exclusion.* Today's globalisation, which by now is the latest stage of capitalism, is creating injustice and social inequalities as never seen before. Thus, millions of people pertain to the different categories of social exclusion, as in the following: 1) lack of access to the advantages of Modernity (schooling, food, health, etc.); 2) the tremendous gap North/South that is provoking huge migration streams towards the 'first' world which in turn is contributing to create an important group of socially excluded: the immigrants; 3) youth in the industrialized countries do not have access to the labour market, which implies being separated from society; 4) Neo-capitalism promotes the existence of workers with precarious working conditions; 5) Exclusions created by schools; 6) hidden slavery which still remains in most part of the world; and 7) the ever excluded as fools, homosexuals, women, etc. School could be an efficient mean to avoid social exclusions, but also is the perfect excuse to promote them. Cooperation and solidarity are proposed to overcome this situation.

Key Words: Globalisation, social exclusion, slavery, school.

---

\* ANASTASIO OVEJERO BERNAL es Catedrático de Psicología Social de la Universidad de Oviedo.

## 1. Globalización y Capitalismo Neoliberal

Hoy día se habla mucho de globalización y de antiglobalización, aunque con frecuencia sin saber exactamente a qué nos referimos con ello. Para empezar, diré que la *globalización* no es sino el actual momento del desarrollo del capitalismo. Como sabemos, el capitalismo encontró fuertes resistencias a lo largo del siglo XX y ahora intenta desactivar esas resistencias, y cuantas nuevas puedan ir surgiendo, sustituyendo el término capitalismo por uno nuevo, la *globalización*, aparentemente neutro y que incluya un cierto sentido de inevitabilidad, de fenómeno necesario, sobre el argumento de que la sociedad cambia de forma imparable y las nuevas tecnologías empujan indefectiblemente a tal cambio, por lo que no tenemos más remedio que aceptarla, de tal forma que sólo quienes se opongan al progreso y al bienestar colectivo pueden oponerse a ella. Sin embargo, como decía Santayana, el pueblo que olvida su historia está condenado a repetirla. De ahí el enorme interés que tiene el poder para que olvidemos nuestro pasado colectivo, una extraña mezcla de luchas, resistencias y sumisiones dolorosas. Pero ese pasado siempre permanece en el lenguaje, como restos de una forma de vida pasada. Por ello el actual capitalismo neoliberal y global, con la finalidad de evitar toda resistencia a la implantación de actual nueva revolución industrial y tecnológica, intente por todos los medios terminar incluso con esos restos, con esos vestigios que, semiperdidos en nuestra memoria colectiva, nos recuerdan las luchas de la población contra las injusticias tanto del capitalismo salvaje del siglo XIX y primeras décadas del XX, como contra el aparentemente benefactor de después de la segunda guerra mundial. Por eso pretenden que ya no hablemos de capitalismo sino de globalización, no de explotación sino de economía de libre mercado, etc. Los eufemismos, como vemos, tienen su función. Y es que, como señala Vázquez Montalbán (2001, págs. 8-9), "si el marxismo y otras consciencias de la izquierda elaboraron una imagen crítica del mercado, la situación actual marcada por una dictadura economicista quiere liberal a la palabra de toda significación negativa. Al contrario, la revolución conservadora presenta al *mercado* como el gran legitimador de toda clase de conductas". Estamos, como señala Joseph Stiglitz (2002), premio Nobel de Economía de 2000, en plena dictadura y fundamentalismo del mercado. Sin embargo, no olvidemos, como añade el propio Vázquez Montalbán, que "la globalización implica no sólo el objetivo de un gran mercado universal marcado por las pautas del liberalismo más salvaje, sino un control total de las conductas, impidiendo la simple posibilidad de insinuar o diseñar o practicar la disidencia". Y cuando, a pesar de todas las prevenciones y todas las dificultades, ésta aparece, la demonizan y criminalizan rápidamente, como están haciendo con la llamada *antiglobalización*, sobre todo en Génova (véase Riera Montesinos, 2001).

Por consiguiente, la palabra globalización es una absoluta mentira en sí misma y una total e hipócrita falsedad. Como dice Chomsky (2001), es la imposición ideológica, política y económica de las grandes multinacionales, fundamentalmente estadounidenses, haciendo que volvamos a la ley de la selva, aunque, también ésta, llamada ya de otra manera: *ley del mercado*. De hecho, de momento la globalización es casi sinónimo de "norteamericanización", en el sentido de sometimiento al imperio estadounidense y en concreto a sus multinacionales: tal vez las tres principales símbolos de la globalización sean Coca-Cola, McDonald's y la CNN (véase Kortzen, 1995). Algo similar dice el psicólogo social José Ramón Torregrosa en *Hoy* (27 de abril de 1999), la globalización es un proyecto ideológico y lo es porque pretende uniformar los problemas sociales sin prestar atención a su etiología, con lo que intenta justificar las propuestas del capitalismo neoliberal de resolver los conflictos sociales con medidas de aplicación universal. Por consiguiente, añade textualmente Torregrosa, "la globalización es un proyecto ideológico para desarmar a los países que van a verse sometidos, prolongadamente, a la subordinación. La globalización posee algún fundamento que tiene que ver con la tecnología que se ha universalizado; el capital encuentra cada vez menos restricciones a su libertad de movimiento, pero más allá del universalismo de la tecnología no cabe duda que se trata de una coartada para reafirmar una dominación que se inicia con la formación del mundo capitalista". Sin embargo, la expansión del mercado global está generando grandes problemas sociales, al menos porque el desarrollo capitalista no es igualmente aplicable en todos los países y todas las regiones, sea cual sea su idiosincrasia y su nivel de desarrollo (John Gray, 1998). En esta misma línea, el citado Stiglitz (2002) hace un diagnóstico contundente: "la globalización actual no funciona". No funciona a nivel laboral (desempleo, precariedad del trabajo, etc.), ni funciona a nivel social (cada vez hay más personas excluidas), ni funciona a nivel político (la democracia se ve muy debilitada). Como escribe el sociólogo alemán Ulrich Beck (1998), próximo a la "tercera vía" pero más sensible que Giddens a los problemas generados por la llamada "nueva economía", "los empresarios han descubierto la nueva fórmula mágica de la riqueza, que no es otra que *capitalismo sin trabajo más capitalismo sin impuestos*. La recaudación por impuestos a las empresas -los impuestos que gravan los beneficios de éstas- cayó, entre 1989 y 1993, en un 18,6% y el volumen total de lo recaudado por este concepto se redujo drásticamente a la mitad... Los países de la Unión Europea se han hecho más ricos en los últimos veinte años en un porcentaje que oscila entre el 50% y el 70%. La economía ha crecido mucho más deprisa que la población. Y, sin embargo, la UE cuenta ahora con veinte millones de parados, cincuenta millones de pobres, y cinco millones de personas sin techo. ¿Dónde ha ido a parar ese plus de riqueza?". Como luego veremos mejor, ésta es una de las esencias centrales de la globalización: produce desigualdad y exclusión social. Así, añade Beck, "en Alemania los beneficios de las empresas han aumentado desde 1979 en un

90%, mientras que los salarios sólo lo han hecho en un 6%. Pero los ingresos fiscales procedentes de los salarios se han duplicado en los últimos diez años mientras que los ingresos fiscales por actividades empresariales se han reducido a la mitad: sólo representan un 13% de los ingresos fiscales globales, cuando en 1980 representaban todavía el 25%, y en 1960 hasta el 35%. ¡Ese es el problema! Y no lo es tanto el tan cacareado déficit de la Seguridad Social, que si, por una parte, podría perfectamente haber sido financiado si no se hubieran bajado los impuestos a las empresas, por otra, en un momento determinado convino exagerar su importancia para así meter miedo, crear inseguridad, con una finalidad evidente: vender mejor los millonarios planes de pensiones que han englosado hasta límites insospechados el balance de beneficios de la Banca. "El miedo generó insolidaridad. Cuando triunfa el miedo impera el 'sálvese quien pueda', es decir, se impone la lógica del capitalismo. A medida que aumenta la inseguridad social, la insolidaridad social crece y crece sin cesar. El gran éxito alcanzado por los Bancos y las Cajas de Ahorro con los planes de pensiones radica en haber generado una *alarma social* sin precedentes vendiendo de mala manera, por tierra, mar y aire, pero de forma eficaz, el desplome inminente de la Seguridad Social. El miedo a la vejez y el miedo a la muerte se funden así con el miedo a la pobreza que se avecina, lo que engendra una irrefrenable sensación de incertidumbre" (Álvarez-Uría, 2000, pág. 18). Y éste no es sino uno de los muchos ejemplos de la doble moral que, por otra parte, demuestran abiertamente que estamos en una sociedad indiscutiblemente hipócrita. Y es que, como no hace mucho señalaba el recientemente fallecido Pierre Bourdieu, la *esencia del neoliberalismo* es un programa de destrucción de las estructuras colectivas cuando éstas pueden convertirse en un obstáculo para el avance de la lógica del mercado puro. La lógica neoliberal pretende "construir un orden social cuya única ley sería la búsqueda del interés egoísta y la pasión individual por el beneficio" (Bourdieu, 1998, p. 3), es decir, claramente la más brutal e inhumana insolidaridad, una de cuyas consecuencias, obviamente, es incrementar la desigualdad, la pobreza y la exclusión social.

En definitiva, "la globalización no es más que el nombre que se da a la etapa actual del capitalismo. Nada más que esto. Ni nada menos. Los tiempos cambian pero las formas de dominación permanecen y se repiten. No cambia nada esencial en las sociedades capitalistas que llevan ya existiendo más de dos siglos. Siempre han sido -y la globalización sigue siéndolo- sociedades basadas en la explotación de unas personas por otras" (Etxezarreta, 2001, pág. 13). Tal vez las tres principales señas de identidad del actual capitalismo sean éstos: la hegemonía del capital financiero; las nuevas tecnologías que facilitan los movimientos de ese capital financiero; y la paulatina merma del poder del Estado-Nación en favor de las grandes compañías transnacionales (véase Ohmae, 1997). Como dice Anthony Giddens (2000), autor no demasiado crítico con la globalización, "en la nueva economía electrónica global, gestores de fondos bancarios, empresas, al igual que millones de inversores individuales, pueden transferir

cantidades enormes de capital de un lado del mundo a otro con el botón de un ratón. Al hacerlo pueden desestabilizar lo que podían parecer economías sólidas y a prueba de bomba, como ocurrió en Asia (en 1988)" (pág. 22). Pero ello no significa exactamente que desaparezca el Estado-Nación, sino sólo que se pone necesariamente al servicio del poder financiero transnacional, al que sigue siendo útil al menos en dos direcciones (Etxezarreta, 2001): los Estados siguen siendo necesarios porque hay partes de la vida social que los capitales privados todavía no pueden controlar directamente (leyes, política económica, controles sociales) y necesitan de los Estados para asegurarse de que funcionan sin crear problemas; y también porque los Estados sirven de gran correa de transmisión para pasar muchos fondos de los impuestos que pagan los ciudadanos a algunos negocios privados. Por tanto, no estamos ante "el fin de la historia" (Fukuyama (1992), sino sólo en el preámbulo de una nueva forma de hacer la historia, pero de hacerla a la antigua usanza: explotando, excluyendo, y criminalizando toda resistencia. Y sin embargo, incluso algunos grandes neocapitalistas, como Soros (1999), están pidiendo ya una regulación para la economía global. Pero ¿de dónde vendrá? ¿Podría venir de un posible gobierno global, como señalan Paolini y cols, 1998? Pero si así fuera, ¿dónde fundamentaría su poder este gobierno, si ya el poder real lo tienen las multinacionales a las que supuestamente pretendería controlar? ¿en el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial de Comercio (OMC)? A juicio de Stiglitz (2002), estas organizaciones internacionales, en contra de lo que pregonan, no son sino las "nuevas instituciones misioneras, a través de las cuales esas ideas (la ideología neocapitalista y el fundamentalismo del mercado) están siendo impuestas a los reticentes países pobres que necesitaban con urgencia sus préstamos y sus subvenciones". Serían el ejército de choque de un neocolonialismo postpolítico, en palabras del propio Stiglitz, ya que los tres pilares de la globalización, o sea, del capitalismo neoliberal, son la austeridad fiscal, la privatización y la liberalización de los mercados, que a la postre, y con la inestimable ayuda del actual imperialismo mediático, se han convertido en verdades ideológicas incontestables. En suma, la globalización pretende funcionar "sin los obstáculos que supone la intervención pública. Supone que la sociedad olvide toda idea de orientar, dominar, controlar, dirigir las fuerzas y la actividad económica. Supone el gobierno de las empresas, hoy transnacionales, y que su beneficio alcance la preponderancia absoluta" (Etxezarreta, 2001, págs. 28-29). Pero todo ello, insisto, está teniendo unos efectos sociales terribles: pobreza, desigualdad, exclusión social. Y como siempre, también ahora la escuela está siendo un importante instrumento de exclusión.

## 2. Neocapitalismo: Desigualdad y Exclusión

El *Diccionario de Sociología* de Salvador Giner y colegas (1998) dice de la *exclusión social*: "Proceso social de separación de un individuo

o grupo respecto a las posibilidades laborales, económicas, políticas y culturales a las que otros sí tienen acceso y disfrutan" (p. 285). En todo caso, el concepto de exclusión social, así como el de otros afines como la marginación, la desviación, etc., podrían casi resumirse en uno: *pobreza*. A quienes realmente se excluye y se margina es casi siempre al pobre. Por eso hay una contradicción en el propio título de este artículo: la exclusión no es tan nueva, ya que siempre fue al pobre a quien se excluyó. Así, en nuestra cultura el ser árabe suele ser un frecuente motivo de exclusión, pero si ese árabe es un rico jeque de vacaciones en Marbella, ya no hay exclusión; se excluye al suramericano, pero si es un futbolista del Real Madrid, del Deportivo o del Barça, ya no es en absoluto excluido. En resumidas cuentas, con el concepto de exclusión social nos referimos a "todas aquellas personas que, de alguna manera, se encuentran fuera de las oportunidades vitales que definen una ciudadanía social plena en las sociedades de nuestros días" (Tezanos, 1999). De ahí que la exclusión tenga básicamente estas tres dimensiones: cultural (marginación, etc.); social (rechazo), y económica (pobreza), donde, sin duda, esta tercera suele ser la hegemónica. Pero es sobre todo la desigualdad la que lleva a la exclusión. Por ello, porque produce grandes desigualdades, tanto entre las naciones como dentro de éstas, la actual época neoliberal del llamado capitalismo global está llevando a cada vez mayores cotas de exclusión. El propio Joseph Stiglitz no duda en afirmar que la globalización ha servido para aumentar las desigualdades, y es que, añade, al Fondo Monetario Internacional (FMI) no le interesan en absoluto las condiciones de existencia de los ciudadanos ni los efectos que sus políticas tengan sobre sus vidas. De hecho, una serie de economistas del Tercer Mundo como Franz Fanon o Celso Furtado opinan que la ventaja adquirida por los países del Primer Mundo, y sobre todo por algunos de ellos, es el mayor obstáculo al desarrollo del Tercero. En consecuencia, no debería extrañarnos, aunque sí preocuparnos, que estén radicalizándose tanto las diferencias Norte-Sur como las diferentes entre los ricos y los pobres dentro de cada nación. Y ello no se debe sólo, que también, a que los ricos son cada vez más ricos, sino también a que los más pobres (por ejemplo, los habitantes del África Subsahariana) son cada vez más pobres: la globalización neocapitalista está incrementando dramáticamente la miseria y, con ella, la exclusión social. El actual sistema económico internacional está fomentando el hambre, la injusticia y las desigualdades sociales. Pero tales desigualdades están siendo también incrementadas por las propias nuevas tecnologías, sobre todo por las de la información, pues quien posee tales tecnologías, más se enriquece, y quienes no las poseen más se empobrecen. Por ejemplo, como escribe Andrés Ortega (2000, p. 78), "pese a la bonanza económica, la brecha entre ricos y pobres se ha ensanchado en Estados Unidos. Los ricos tienen ahora diez veces más ingresos que los pobres, que se han quedado como estaban hace una década", además de que tanto el sistema educativo como, sobre todo, el sistema sanitario está empobreciéndose en muchos de los países más desarrollados, sobre todo en Estados Unidos o en Gran Bretaña, no por

azar los dos países en los que, de la mano de R. Reagan y de M. Thatcher respectivamente, más triunfó el capitalismo neoliberal, que no es sino la radicalización del capitalismo en unas circunstancias políticas, económicas, tecnológicas e ideológicas que le favorecen. De ahí que Francis Fukuyama (1992) hablara tan ingenua como irresponsablemente del "fin de la historia". Pero su discurso no era nada inocente: estamos ante el intento de globalizar las precarias condiciones de trabajo que en el siglo XIX tanto escandalizaron a personas como Dickens.

El primer gran grupo de excluidos generado por las desigualdades de que estamos hablando está formando por más de cuatro mil millones de personas. Un análisis de las tendencias de largo plazo de la distribución del ingreso mundial entre países, indica que la distancia entre el país más rico y el país más pobres era de alrededor de tres a uno en el año 1820, once a uno en 1913, treinta y cinco a uno en 1950, cuarenta y cuatro a uno en 1973, y setenta y dos a uno en 1992. Por su parte, el historiador económico Davis Landes, profesor emérito de la Universidad de Harvard, ha demostrado que la relación entre la renta per cápita de la nación industrializada más rica, digamos Suiza, y la del país no industrializado más pobre, por ejemplo Mozambique, es de 400 a 1, mientras que hace 250 años tal relación entre la nación más rica y la más pobre era de cinco a uno. Veamos algunos datos más (Ortega, 2000, pág. 84 y ss.): el 20% más rico de población mundial gana 74 veces lo que el 20% más pobre (la diferencia era de 30 a 1 en 1960). Si se comparan los diez países más ricos con los diez más pobres, la diferencia es aún mayor. Más de 800 millones de personas pasan hambre hoy día en el mundo, y cinco millones de seres humanos mueren cada año por enfermedades relacionadas con la mala alimentación: más de 14.000 personas cada día. Más aún: el 20% de la población mundial consume dos terceras partes de la comida del mundo, el 45% de toda la carne y el pescado, el 84% del papel y el 58% de la energía. Un niño nacido en una buena zona de Nueva York -en algunas partes de Harlem la esperanza de vida baja a niveles africanos-, París o Londres consumirá como promedio en su vida 50 veces más que otro nacido en un país en desarrollo. En setenta países con casi mil millones de habitantes, el consumo es hoy más bajo que hace veinticinco años. La mitad de la población mundial vive con dos euros al día, y la mitad de la mitad, con un euro. Mil quinientos millones de personas no disponen de agua, etc. Por si fueran pocos estos datos, añadamos más: las doscientas personas más ricas del mundo se están haciendo más ricas rápidamente: el activo de las tres personas más ricas es superior al PIB combinado de todos los países menos adelantados; el activo de las doscientas personas más ricas es superior al ingreso combinado del 41% de la población mundial. Los datos proporcionados por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) no son menos desalentadores: el capital de las 225 personas más ricas del mundo equivale al ingreso anual del 47% más pobre de toda la población mundial, es decir, al ingreso anual de casi 3.000 millones de personas; las 200 empresas más importantes del mundo controlan el 25% de la actividad económica del

planeta, aunque sólo emplean al 0,75% de la mano de obra de la población laboral mundial; más del 70% de las grandes multinacionales son estadounidenses, mientras que apenas un 5% de ellas pertenece a un país en vías de desarrollo. Y el futuro no augura ninguna mejora de esta situación, sino al revés. Así, el informe de las Naciones Unidas sobre las inversiones en el mundo, correspondiente a 1998, indica que el 75% de las mismas ha ido a parar a los países desarrollados, dejando el resto para el Tercer Mundo; África recibió sólo el 1,3% de tales inversiones. El futuro, pues, se presenta poco prometedor. De hecho, todo parece indicar que la implantación de las nuevas tecnologías (Internet, etc.) profundizarán aún más esa brecha, ya ahora mismo vergonzosa, tanto entre los grupos más favorecidos y los más desfavorecidos, dentro de cada país, como entre los países ricos y los pobres (diferencias Norte-Sur). Y las nuevas tecnologías, sobre todo Internet, no parecen paliar el problema de las desigualdades, sino justamente todo lo contrario: "Las diferencias entre los distintos estamentos sociales se verán agigantadas por esta nueva frontera existente entre los ciudadanos *enchufados* y los *desenchufados*. Los elementos igualitarios de Internet son aplicables sólo a los primeros y aumentarán, paradójicamente, las desigualdades respecto al resto. Si tenemos en cuenta que más de la mitad de los ordenadores conectados al sistema se encuentran en hogares norteamericanos, que más de la mitad de la población del mundo no ha usado jamás un teléfono y que las líneas instaladas en todo el África negra son menos que las que existen en la ciudad de Tokio, entenderemos hasta qué punto la configuración de esa especie de asamblea ciberdemocrática puede constituir una exclusión para los habitantes de los países más pobres, los individuos menos educados o informados y, en definitiva, los desposeídos de la Tierra" (Cebrián, 1998, p. 98). Baste recordar que nada menos que unos 4.000 millones de personas (el 65% de la población mundial) nunca ha hecho una sola llamada telefónica. Además, "no hay ninguna razón para pensar que la revolución de la información pueda ofrecer una solución mágica al endémico problema de la pobreza y el subdesarrollo, sino que más bien puede ser el nuevo nombre que reciba la perpetua y cada vez más profunda dominación de muchos pobres por unos cuantos ricos... Un razonable y actual ordenador *clónico*, con software pirata, módem y el abono anual de conexión a Internet, quizá no representen una gran inversión, pero ya excluyen a mucha gente, del mismo modo que el contexto específico de la cultura informática. El resultado es que Internet tiene decididamente un aspecto de clase media" (Whitaker, 1999, p. 88), que incrementará las diferencias -ya lo está haciendo- con las clases bajas dentro de las naciones y también entre naciones. Y es que la libertad, entendida como ahora se entiende y cuando existe una importante diferencia de poder o de recursos entre personas, grupos humanos o países, a lo único que lleva a una mayor desigualdad entre ellos y a un incremento en la explotación y el dominio de los fuertes sobre los débiles como evidencia también el desequilibrio en la distribución del poder en el ámbito de los medios de comunicación. ¿Cómo se refleja este desequilibrio entre el Norte



y el Sur en el actual contexto internacional en este campo? Como señaló Sean McBride, premio Nobel de la Paz, el desequilibrio en materia de información en favor del Norte es de tal magnitud que amenaza la singularidad y la diversidad de las culturas, en particular las del Sur. En definitiva, las nuevas tecnologías, por tanto, son, y serán cada vez más, indiscutible fuente de mucho mayores desigualdades. Sin embargo, aún hay más: el injusto reparto de los recursos entre el Norte y el Sur se extiende dramáticamente al campo de los medicamentos, con lo que la actual globalización está ensanchando también, a nivel planetario, el grupo de los enfermos, modalidad de exclusión que, nuevamente, afecta sobre todo a los pobres, y particularmente a los pobres de los países pobres. En efecto, la malaria, el cólera, el sida, la tuberculosis, la diarrea, la fiebre amarilla o la enfermedad del sueño están todavía hoy día arrasando algunos países del Sur, sobre todo porque los enfermos pobres no tienen dinero para el tratamiento. Así, un tercio de la humanidad carece de acceso a fármacos básicos, y al 90% de los problemas sanitarios del mundo se destina sólo el 10% del gasto global de investigación. Un europeo puede curarse una neumonía con el equivalente a tres horas de salario, pero en África hace falta casi el sueldo de un mes. Por ejemplo, la mitad del ingreso familiar se les va a los campesinos de Zambia en tratar una neumonía infantil cuyo coste es 1.700 pesetas. La OMS revela que sólo el 1% de los fármacos se destina a enfermedades tropicales, y la mitad de esos medicamentos proceden de la investigación veterinaria. Consecuencia de todo ello es que, como señala la OMS (Organización Mundial de la Salud), diecisiete millones de personas mueren al año por no poder comprar fármacos que son corrientes en los países desarrollados. ¿Nos importan, pues, más la vida de millones de personas o el enriquecimiento de unos pocos?

Pero también están aumentando las desigualdades dentro de las naciones. Así, en la Rusia de "la democracia y la libertad", es decir, la flamante Rusia capitalista, la situación económica y social de millones de personas ha empeorado velozmente, de forma que, según los datos que nos muestra Karol (1998), la diferencia entre el 10% de los rusos más ricos y el 10% de los más pobres es de 20 contra 1, cuando en Occidente se considera que no supera el 10 contra 1 o, incluso, el 6 contra 1 (es el caso de los países escandinavos). Y en Estados Unidos el nivel de vida del 10% de las familias más pobres es significativamente más bajo en la actualidad que hace una generación; las familias de los estratos medios, en el mejor de los casos, poseen un nivel ligeramente más acomodado, mientras que sólo el 20% más opulento de los ciudadanos ha conseguido un crecimiento de sus rentas a unas tasas como las que experimentaron casi todos entre los años cuarenta y los primeros setenta. Es decir, que los ricos son en EE.UU. cada vez más ricos, y cuanto más ricos son más ricos aún se hacen. Estamos ante un segundo gran grupo de excluidos, en el que se incluyen millones de personas pobres que viven en los países ricos. En suma, "la globalización está produciendo una creciente dualización no sólo entre los países, sino dentro de las sociedades, en las que se está generando una *nueva pobreza*

y una *nueva riqueza*. En 1980, en término medio, el consejero delegado o presidente ejecutivo de una empresa en Estados Unidos ganaba 42 veces el salario medio de sus empleados. Hoy, la proporción ha pasado a más de 400 a uno, una tendencia en la que ha entrado también Europa" (Ortega, 2000, págs. 84-85).

### 3. Escuela, trabajo y exclusión en la actual Globalización

¿Qué puede hacer la escuela y qué está haciendo realmente ante la situación antes descrita? Lo que está haciendo es adaptarse a las nuevas circunstancias, apoyando y defendiendo a los poderosos de la tierra. Para ello modifica su funcionamiento y adapta sus leyes y normativas: se privatiza una parte sustancial de la escuela y de la Universidad, aumenta el darwinismo social, se psicologizan (e incluso se "genetizan") los problemas sociales, etc. La escuela, por consiguiente, se alinea con el actual neocapitalismo ultraliberal (no otra es la finalidad última de las recientes reformas educativas en nuestro país, tanto en la Universidad, la LOU, como en la enseñanza obligatoria, Ley de Calidad), en un intento por demostrar "de facto" (con la inestimable ayuda de los psicólogos, sobre todo de los psicómetras), que *cada cual tiene lo que se merece*: los bien situados socialmente lo están porque tienen unos buenos genes, una gran inteligencia y unas adecuadas destrezas psicológicas y sociales (capacidad de trabajo, disciplina, motivación hacia el logro, etc.), mientras que los excluidos poseen unos malos genes, una baja inteligencia y unas destrezas psicosociológicas deplorables (son vagos, indisciplinados, etc.). Por consiguiente, cada cual se encuentra en la sociedad en el lugar en el que la propia naturaleza le ha colocado. Nadie puede quejarse y nada puede hacerse (véase Ovejero, 2002). Con ello tanto la escuela como la psicología se convierten en potentes justificaciones de las injusticias y desigualdades sociales. De esta manera, ambas instituciones, la escuela y la psicología, están cumpliendo una función social de primera magnitud consistente en *psicologizar los problemas sociales*, diluyendo de esta manera en los propios individuos la responsabilidad que en tales problemas tienen las estructuras económicas, las organizaciones económicas mundiales (FMI, OMC, etc.), los gobiernos, los grupos sociales más poderosos, las políticas de los ministerios de hacienda y economía, etc. No olvidemos que ha sido precisamente la psicologización de los problemas sociales la función más reaccionaria y más importante que ha cumplido la psicología durante todo el siglo XX y que no parece ir corrigiendo en el siglo XXI (véase Ovejero, 2000).

En definitiva, "una de las primeras comprobaciones en materia de desigualdades y de reducción de las desigualdades, al menos en Francia y durante un período reciente, es que determinadas desigualdades se agravan y que esas agravaciones no están repartidas por igual en función de la estratificación social. Se manifiestan en lo alto de la escala social, pero también se agudizan en la zona baja de dicha escala, allí donde la

acumulación de los 'handicaps' económicos y sociales circunscribe una zona inquietante del espacio social habitada por los *más desfavorecidos*, como tantas veces se dice recurriendo a un eufemismo. Desde hace algunos años crece el temor al ver cómo el número de éstos aumenta y se profundiza la distancia que los separa de forma de participación común a la vida social, con el riesgo que esto conlleva de fractura" (Castel, 1995, pág. 27). Y la escuela, y lo mismo podríamos decir de la psicología, se hace cada vez más competitiva y "neutra", es decir, ajena a lo que pasa fuera de ella, de tal forma que si se interesa por los excluidos y las injusticias se lo tacha de inmiscuirse ilegítimamente en el campo de la ideología y la política. En cambio no parece nada ideológico el hecho de que tome medidas para reforzar el injusto sistema neocapitalista.

Pero también tiene la escuela una gran responsabilidad en la exclusión laboral de aquellas personas que no completaron exitosamente sus carreras escolares. No falta de espacio no puedo extenderme aquí cuanto me gustaría y cuanto merece el tema, por lo que resumiré mucho. En el ámbito laboral, la exclusión proviene hoy día fundamentalmente de dos fenómenos: uno más tradicional, el del *desempleo*, y otro que es nuevo, el de la *precarización*. El empleo precario afecta cada vez a más ciudadanos hasta el punto de que hoy día afecta a más del 50% de los contratos nuevos. Este tipo de contratos inestables llevan a una fuerte inseguridad laboral, con las repercusiones psicosociológicas que ello conlleva (véase Sennett, 2000). "Estos sujetos son colocados en una especie de estado de flotación: demasiado viejos para seguir siendo rentables, demasiado jóvenes para gozar de una eventual jubilación" (Castel, 1995, pág. 31). Tales individuos formarían un tipo especial, hasta ahora desconocido, de exclusión: el de aquéllos en perpetuo proceso de inserción. Eso equivaldría, como señala Robert Castel, a un permanente interino que iría de cursillo en cursillo y de unas ocupaciones a otras. "La inserción dejaría de ser una etapa para convertirse en un *estado*, equivaldría al estatuto de alguien que no tiene un lugar en la sociedad, alguien que sería algo así como una especie de supernumerario. Esta hipótesis extrema de un estatuto de insertado permanente me parece que por desgracia que no es una hipótesis absurda. Para probarlo basta con dejarse llevar por la imaginación y anticipar el futuro que les espera a tantos individuos que, con frecuencia desde su juventud, entran en los circuitos de la inserción. Uno se imagina mal que estas situaciones puedan durar treinta años, pero tampoco se imagina en lo que se pueden convertir si las vías de una integración fuerte -que, digan lo que digan algunos, pasa todavía hoy en la mayoría de los casos por el trabajo, sobre todo en los medios populares- son cortadas. Nuestras sociedades postindustriales corren el riesgo de verse entonces confrontadas a un problema terrible: la existencia de individuos y de grupos que ya no encuentran un espacio en función de una organización *racional* de la sociedad" (Castel, 1995, pág. 34).

Esta nueva exclusión social está estrechamente relacionada con la escuela, al menos entendida ésta en sentido amplio. En efecto, "las políticas

de tratamiento social del paro, o las dirigidas a los jóvenes que no han accedido al empleo, ponen el acento -acertadamente- en la formación. Se trata de mejorar las capacidades o de reciclar a gente que, en su mayoría, se caracteriza por su baja cualificación y que por esto se encuentran en situación de *inempleables*. Este objetivo loable corre no obstante el riesgo de resultar inútil o, en todo caso, muy limitado si, al mismo tiempo, el listón de las cualificaciones se eleva incesantemente en función de criterios incontrolados o discutibles, como por ejemplo cuando las empresas contratan sistemáticamente a candidatos supercualificados, o cuando la formación permanente funciona también como una selección permanente que crea *impermeables* al mismo tiempo que mantiene a algunos en el empleo, o cuando la búsqueda de una flexibilidad extrema desestabiliza completamente la política de personal de una empresa. Si formación y empleo forman efectivamente una pareja, su articulación no puede ser eficaz poniendo únicamente el acento en la formación. El hacer únicamente hincapié sobre la formación sin ningún control del empleo y de la empleabilidad corre el riesgo entonces de funcionar como un señuelo. Esto conduce a preguntarse si se pueden sostener simultáneamente dos discursos: el de la solidaridad para controlar los factores de disociación y no resignarse a una sociedad dual, y el de una apología incondicional de la empresa, un culto a la capacitación y a la excelencia productiva" (Castel, 1995, pág.36). Y las consecuencias psicosociológicas de la precariedad en el empleo son realmente terribles. Como señalan Boltanski y Chiapello, (2002), las actuales altas tasas de precariedad están acarreado tal inseguridad a millones de jóvenes que no pueden construir de futuro, como es el caso de fundar una familia o incluso de tener vivienda propia, con lo que se constituye en un claro elemento de exclusión.

#### **4. La nueva esclavitud**

Durante muchos siglos la esclavitud fue una forma "civilizada" de xemofobia: se admitía al "inferior", pero siempre que aceptara su situación de inferioridad a todos los niveles. De hecho, ha habido esclavitud en la mayoría de las civilizaciones y en casi todos los tiempos, habiendo sido justificada por los "pensadores" de casi todos los tiempos (Aristóteles, San Pablo, San Agustín, etc.), constituyendo una excepción los sofistas, que precisamente por ser relativistas negaron todo fundamento natural a la esclavitud. Para ellos, ésta era producto de la costumbre y de los intereses de los pueblos. Así, Alcidas afirmaba que las diferencias entre un hombre libre y un esclavo eran desconocidas en la naturaleza. Como muestra Hugh Thomas, durante muchos siglos tampoco la Iglesia se opuso a la esclavitud, hasta el punto de que "durante toda la Alta Edad Media los esclavos constituyeron una parte muy apreciada de la población de Europa (Thomas, 1998, pág. 33), incluyendo nuestro país: en España se esclavizó a muchos árabes, negros y, más tarde, indios. De hecho, fue el rey católico Fernando de Aragón el primero en introducir esclavos de color en América,

cuando el 22 de enero de 1510 autorizó en Valladolid el transporte de cincuenta esclavos negros para que trabajaran en las minas de La Española. La "trata de negros" en América, tanto del Sur como sobre todo del Norte, es bien conocida. Basta con leer el citado libro de Hugh Thomas, *La trata de esclavos*, para ver la extensión del fenómeno. Sólo se terminó con la esclavitud en la Europa cristiana y dominante cuando se constató que los siervos rendían más que los esclavos y que además no necesitaban vigilancia para trabajar: no se escaparían, pues necesitaban trabajar para comer y llevar comida a sus hijos. Posteriormente, el capitalismo, con la ayuda inestimable de los psicólogos -y, evidentemente, no sólo de ellos-, tuvo un gran éxito a la hora de internalizar los valores del trabajo, con lo que la esclavitud se hizo cada vez más innecesaria. El terminar con la esclavitud no fue, pues, una cuestión de altruismo ni siquiera de justicia, sino de mero interés. Y la prueba de ello está en que los "nuevos esclavos", el proletariado de la era industrial, vivieron aún peor que los esclavos tradicionales (para constatarlo basta con leer a Dickens). Ahora bien, actualmente, con el auge de un nuevo capitalismo, neoliberal y global, estamos volviendo a formas auténticas de esclavitud, pero en unas condiciones infinitamente más precarias y penosas que la de la esclavitud tradicional: estamos ante la forma actual más brutal de exclusión. En efecto, los esclavos eran en otras épocas despojados de toda dignidad humana, pero se les trataba mejor de lo que suelen decir las crónicas, por una sencilla razón: el esclavo era una posesión de su amo, como el mulo con el que araba los campos, y si se le morían tanto el mulo como el esclavo, el amo se quedaba sin ellos. Pero dado que los necesitaba y que además le habían costado un dinero, los alimentaba adecuadamente. Insisto, los amos trataban a sus esclavos indignamente pero, por interés propio, los alimentaban de una manera relativamente adecuada. Sin embargo, en la nueva esclavitud el trato indigno es superior al de otras épocas y el trato material es de lo más brutal: no son "dueños" del nuevo esclavo y no les ha costado dinero. Por tanto si mueren, basta con ir a la ciudad, prometer un buen sueldo y llevarse otros tantos. Veamos un poco mejor este triste y dramático fenómeno reciente, con toda seguridad la más vergonzosa de las actuales formas de exclusión social, siguiendo el estupendo libro de Kevin Bales (2000), *La nueva esclavitud en la economía global*, donde se define al esclavo como "persona retenida mediante violencia o amenazas para ser explotada económicamente" (pág. 6). Dado que hoy en día la esclavitud es ilegal en todas partes y ya no existe la propiedad *legal* de seres humanos, "cuando se compran esclavos en la actualidad, no se pide un recibo o un documento de propiedad, pero se adquiere el *control* sobre esos esclavos y se utiliza la violencia para mantenerlo. Los propietarios de esclavos disfrutaban de todas las ventajas de la propiedad sin asumir ningún deber" (Bales, 2000, pág. 6). Aunque algunos autores dan cifras mayores, Bales calcula que actualmente existen en todo el mundo unos 27 millones de esclavos, repartidos por India, Pakistán, Brasil, e incluso Japón, Estados Unidos y algunos países europeos. "En nuestra economía global, una de las razones que dan las

compañías multinacionales para explicar el cierre de sus fábricas en el 'primer mundo' y la creación de otras nuevas en el 'tercer mundo' es el bajo precio de la mano de obra. La esclavitud constituye una parte importante de estos ahorros. Ningún trabajador asalariado, por muy eficiente que sea, puede competir económicamente con un trabajador forzoso, es decir, con un esclavo" (Bales, 2000, págs. 10-11). Y la razón última de esta nueva esclavitud es evidente: actualmente el único dios al que adoramos es el dinero, de forma que la moralidad del dinero invalida cualquier otra consideración. El beneficio económico a corto plazo es el único "indicador moral" de conducta universalmente aceptado. Todo tiene que ser rentable, y serlo a corto plazo. Y tal beneficio lo justifica todo, hasta el trato más inhumano a las personas. Estamos ante la forma más execrable de exclusión social jamás conocida. Y este tipo de exclusión es algo característico de la actual globalización.

La razón, pues, del éxito de la actual esclavitud es clara: los grandes beneficios económicas que reporta, precisamente por ser, como tantas cosas en la actual sociedad neocapitalista, *un material desechable*. "Allí donde se sigue practicando la antigua esclavitud, el cautiverio dura para siempre. Una mujer mauritana nacida en cautiverio tiene muchas probabilidades de seguir siendo una esclava toda su vida. Sus hijos, si los tiene, también serán esclavos, y esta situación se prolongará durante generaciones. Pero hoy día casi todos los esclavos son temporales; algunos sólo son esclavizados durante unos meses. No resulta rentable mantenerlos cuando no son de utilidad inmediata. En estas circunstancias, no hay razón para hacer grandes inversiones en su mantenimiento y no tiene mucho sentido asegurarse de que sobrevivan a la esclavización. Los esclavos del sur de Estados Unidos recibían un trato espantoso, pero interesaba que viviesen muchos años. Los esclavos eran como un ganado de lujo: el dueño de la plantación tenía que recuperar la inversión realizada. También interesaba que se reprodujesen con rapidez, pues resultaba más barato criarlos que comprar esclavos adultos. Hoy ningún patrono está dispuesto a gastar dinero en mantener bebés inútiles, por lo que las esclavas, especialmente las prostitutas, son obligadas a abortar. Y tampoco hay razones para cuidar la salud de los esclavos: las medicinas cuestan dinero, y es más barato dejarlos morir" (Bales, 2000, págs. 16-17). De hecho, hacia 1850, en Estados Unidos un trabajador del campo costaba entre 1.000 y 1.800 dólares, lo que suponía entre tres y seis veces el salario medio anual de un trabajador blanco, mientras que generaba unos beneficios de alrededor del 5% anual, lo que implicaba que debían alimentarle bien para que durara muchos años y fuera rentable. Éste es el primer y fundamental cambio de la nueva esclavitud: les alimentan mal y les obligan a trabajar en las peores condiciones, pues si mueren pronto serán reemplazados por el mismo precio prácticamente nulo. Y la única forma que tenemos de luchar contra tan terrible fenómeno, que además no deja de crecer, es conseguir que no sea rentable. Para ello lo primero que hay que hacer consiste en conocerlo, denunciarlo y no colaborar a su existencia. "¿De verdad estamos dispuestos a mirar

felizmente cómo nuestros hijos juegan con balones de fútbol fabricados por niños esclavos? Todo el que tiene hijos desea lo mejor para ellos, pero ¿puede comprarse los mejor (para nuestros hijos) a costa de los hijos de otros?" (Bales, 2000, pág. 278).

Para terminar este apartado, veamos, como ejemplo paradigmático del actual momento histórico, uno de los casos concretos de nueva esclavitud: el de las niñas que son obligadas a la prostitución en Tailandia (Bales, 2000, Cap. 2), donde tanto la religión como las costumbres culturales favorecen la esclavitud de niñas. En efecto, la religión tailandesa mantiene que las mujeres son inferiores a los hombres, mientras que, en ese país, se considera que tanto los niños como sobre todo las niñas están en perpetua deuda con sus padres. "El hecho de nacer ya es un gran regalo, al que se suma el de ser criado y alimentado; ambos requieren toda una vida de agradecimientos. En Tailandia siempre se ha dado por sentado que las niñas tienen que contribuir a completar los ingresos familiares y saldar la deuda contraída con sus progenitores. En casos extremos esto significa venderlas como esclavas, sacrificarlas por el bien de la familia. Al mismo tiempo, algunos padres se dan cuenta en seguida del negocio que supone la venta de sus hijas. El pequeño número de niñas que se vendían antiguamente como esclavas se ha convertido en un aluvión. Este aumento refleja los profundos cambios que se han producido en Tailandia durante los últimos cincuenta años, a medida que el país experimenta el tremendo reajuste de la industrialización: el mismo proceso que desgarró a Europa hace más de un siglo" (Bales, 2000, pág. 44). Para comprender esa nueva y cruel esclavitud debemos entender también estos cambios. La explicación, así, se hace dramáticamente sencilla y está estrechamente relacionada con la actual globalización. En efecto, desde antiguo, las familias tailandesas vendían a sus hijas cuando había problemas económicos graves en la familia, que es precisamente una situación actualmente generalizada entre los campesinos: la creciente y vertiginosa industrialización de Tailandia, uno de los "dragones" asiáticos, hizo subir los precios, mientras que los rendimientos del campo permanecieron estancados como consecuencia de la política gubernamental de mantener bajo el precio del arroz para poder así alimentar a los obreros de la construcción y de las fábricas de Bangkok. Así, el empobrecimiento de la población campesina favorece la prostitución, pues pueden vender a sus hijas por una cantidad que suele oscilar entre 130.000 y 300.000 pesetas, que son los ingresos del campesino de todo el año. A la niña la dicen que esa es la deuda familiar que ella tiene que pagar con su cuerpo, de tal forma que, dado que está convencida de su obligación con sus padres, será siempre obediente y sumisa a todo lo que la exijan. A la vez, la televisión -y no sólo ella- va vendiendo la sociedad de consumo por todo el país, con lo que también los propios campesinos del norte quieren tener los bienes de consumo (frigoríficos, coches, etc.) que se les ofrece todos los días por la pequeña pantalla. Y para dar satisfacción a esta fiebre consumista echan mano del recurso tradicional: vender a sus hijas. Prefieren un aparato de

televisor que a sus hijas. Además, complementariamente, el propio crecimiento económico del país y la acelerada urbanización han hecho crecer la demanda de prostitutas: los obreros urbanos, antes trabajadores pobres del campo, ganan relativamente mucho dinero y pueden -y desean- permitirse el lujo de frecuentar los burdeles, como hicieron siempre los ricos y a ellos les estuvo tradicionalmente vedado. De esta manera, y aprovechándose de las costumbres culturales tailandesas, ahora desnaturalizadas por el egoísmo de unos padres también desnaturalizados por la fiebre consumista, el desarrollismo industrial y tecnológico tailandés utiliza a miles y miles de niñas campesinas como prostitutas para parchear los problemas sociales que los bruscos cambios económicos han originado. La bonanza económica en Tailandia ha hecho, pues, que cada vez sean más los varones que frecuentan los prostíbulos. A ello habría que añadir el "turismo sexual" que fomenta Occidente. Las consecuencias son terribles: las ganancias de los dueños de los prostíbulos son altísimas, calculándose que por cada chica pueden ganar más de siete millones al año (por ejemplo, "desflorar" a una chica virgen suele costar entre 30.000 y 300.000 pesetas, dado que hay una cierta garantía de que la chica no padezca SIDA, aunque no de que ella sea contagiada. Para las niñas los costes son realmente dramáticos tanto física como psíquicamente. Así, las palizas son cotidianas, el contagio del SIDA muy frecuente (en algunas aldeas donde el tráfico de niñas es habitual, el nivel de infección es superior al 60%), etc. Un porcentaje alto de las niñas que salieron de sus aldeas vuelven a ellas pocos años después para morir de SIDA..., eso si en tales condiciones son admitidas por sus familias.

En resumidas cuentas, la situación es difícil de solucionar, pues como señala Bales (2000, pág. 349), "dada la penetración de las empresas multinacionales en los países en desarrollo, el hecho de que la deuda pueda transformarse en esclavitud está favoreciendo en última instancia a la economía global" : *el beneficio económico es lo único que cuenta*. Pero nosotros aún podemos hacer mucho: otra sociedad es posible, pero no vendrá sola, sino que tenemos que ser nosotros quienes la hagamos posible. Por consiguiente, si queremos hacer algo para evitar este serio problema tenemos un camino abierto: el beneficio de las multinacionales. "Los esclavistas defenderán con violencia sus lucrativos negocios, pero se alejarán de los esclavos y los negocios si éstos dejan de darles dinero. La estrategia clave para acabar con la esclavitud es por tanto centrarse en los beneficios" (Bales, 2000, pág. 255). Porque no olvidemos que todos podemos estar lucraándonos de la nueva esclavitud, por ejemplo, comprando ciertos productos o incluso, en algunos casos, cuando contratamos un fondo de pensiones: ¿cuántos eslabones han de mediar entre el esclavo y el "propietario" para que la responsabilidad de este último pueda darse por extinguida? Sé que es difícil conocer bien esta madeja de intereses, pero ¿hasta qué punto la ignorancia es a veces mera excusa?



## 5. ¿Qué podemos hacer?

Como ya hemos dicho, gran parte de la responsabilidad de la actual situación de injusticia y desigualdad planetaria está en la política económica del actual capitalismo neoliberal (recetas del FMI, supuesto dominio de la ley del mercado, etc.). La actual globalización ultraliberal es un sistema *intrínsecamente productor de desigualdades y de pobreza generalizada* (véase Jáuregui y cols., 2001). Si a todo ello sumamos la sustancial reducción de la ayuda a los países pobres, la caída en los gastos sociales de la mayoría de los países ricos, etc., tenemos una visión muy aproximada a lo que realmente está ocurriendo en este "mundo perfecto" de la globalización neocapitalista. No nos extraña, pues, que se esté produciendo tanta contestación y tan fuerte resistencia, dado que son millones y millones los ciudadanos europeos que están siendodo un profundo miedo al futuro, miedo que desde diferentes sectores del poder se está intentando desviar, y con gran éxito, hacia la "inseguridad ciudadana", artificialmente alimentada, arriesgando incluso la propia democracia: como sabemos, para los poderosos, sus intereses están antes que la democracia. Más aún, intentan que la gente sienta miedo hacia el extranjero, hacia el inmigrante, con lo que el excluido es incluso rechazado y hasta atacado. Y es que, como señala el historiador Eric Hobsbawn, uno de los peligros actuales es que el capitalismo global ha perdido todo sentido del miedo, aceptándose niveles de desigualdad que antes no se hubieran tolerado. Ello está llevando a una situación realmente insostenible. Dos dos problemas preocupan principalmente a los poderosos de la tierra en cuanto a las consecuencias de la globalización. En primer lugar, el hecho de que algunos países estén yendo a la bancarrota, a pesar de cumplir a rajatabla las directrices del FMI (el caso más grave es, sin duda, Argentina), y, en segundo lugar y sobre todo, las consecuencias que parece estar teniendo la progresiva desigualdad sobre las formas de gobernabilidad, a las que carcome y socava. De hecho, desde hace tiempo viene comprobándose todos los días cómo la mencionada desigualdad sabotea y destruye Estados de derecho, sistemas electorales, estructuras familiares, zonas urbanas, un medio ambiente sostenible, etc. Nadie sabe exactamente de qué modo opera la desigualdad como disolvente social; no se conoce con precisión el nivel donde se ubican los umbrales de ruptura, ni el tipo de desigualdad más perniciosa: de ingresos, de activos, de riqueza, de oportunidades, etc. Pero destaca cada vez más la idea según la cual la descomposición del imperio de la ley, de la familia, del orden y de la seguridad, de la cohesión social, en general, son consecuencias directas o indirectas de un grado de desigualdad inasimilable por las sociedades modernas, por lo menos en democracia. La situación es, al parecer, tan grave que, como señala Susan George (2001), en su conocido *Informe Lugano*, van siendo cada vez más los personajes que ocupan cargos centrales en las instituciones garantes de la globalización que advierten de algunas de sus nefastas consecuencias, con la evidente intención de enderezar el proceso de globalización para poder preservar sus objetivos

fundamentales. Así, el poderoso Alan Greenspan se preocupa ante la exuberancia irracional del mercado; el multimillonario empresario George Soros piensa que demasiado capitalismo terminará matando al propio capitalismo; el presidente del Banco Mundial, James Wolfenshon, propone reformar en profundidad la arquitectura financiera existente; el antiguo, y ya citado, economista jefe y vicepresidente del Banco Mundial, Joseph Stiglitz, está obsesionado por la repercusión y severidad de los programas de ajuste estructural en los países pobres, etc. De hecho, los analistas presentes en Davos a principios de 1999 sentenciaron, como antes Alain Touraine, la llegada del *postneoliberalismo*. Allí se estudió la necesidad de regular los flujos internacionales de capital especulativo; de armonizar las políticas económicas y los sistemas políticos; y la relación entre desigualdad, gobernabilidad y viabilidad de las políticas extremas de mercado.

Por consiguiente, ante tal estado de cosas no es raro que se rebelen muchas personas y que se organicen en su resistencia, conformando lo que desde hace unos años viene recibiendo el nombre de *movimiento antiglobalización*. En concreto, existen básicamente cuatro posturas ante la globalización (Estefanía, 2001): En primer lugar, la de aquellos neoliberales acérrimos que la aceptan ciegamente, sin ver en ella más que bondades y aspectos positivos. En segundo lugar, están quienes tan sólo cuestionan algunas de sus más negativas consecuencias, como el trabajo y la explotación infantil, pero sin preocuparse de su efecto principal y más negativo, las cada vez mayores desigualdades. En tercer lugar, están quienes defienden otro tipo de globalización, digamos más global y no meramente económica y financiera como la actual, propugnando una globalización de los derechos económicos y sociales (no olvidemos que el 80% de la población mundial no tiene ningún tipo de protección social) así como de los derechos humanos y de la ecología, y que sea dirigida y gobernada no por el mercado sino por los ciudadanos libremente elegidos por los ciudadanos, lo que llevaría a la creación de un gobierno mundial democrático. Finalmente, están quienes, además de criticar a la actual globalización, se enfrentan radicalmente también al sistema capitalista de una forma pacífica, pues piensan que si algo demuestra la historia es que la violencia, máxime cuando esté organizada, no lleva sino a una situación despótica y autoritaria: la violencia se reproduce a sí misma, pero multiplicada. Además, el que los movimientos antiglobalización utilicen la violencia es, como señala Susan George, hacer inevitablemente el juego al adversario, ya que tanto los medios de comunicación como los políticos no hablarán sino de tal violencia, quedando escondidas tanto las ideas, las razones y las propuestas de los antiglobalización como la más terrible violencia de la propia globalización. Por ello hay tanto interés por parte del poder en provocar tal violencia, como ya se ha constatado.

Ahora bien, dado que esta fase de capitalismo ultraliberal parece que se está instalando por un largo tiempo y que no tiene demasiadas prisas por modificar sustancialmente sus reglas de juego, que como hemos dicho

no son sino las del mercado salvaje, ¿qué podemos hacer? A mi modo de ver, la solución a tal estado de cosas sólo puede venir por la vía de la *solidaridad*, solidaridad de las personas y sobre todo solidaridad de las naciones (de las personas y grupos sociales más favorecidos hacia los menos favorecidos, y de las naciones más ricas hacia las más pobres). Cómo y en qué contexto debería llevarse a cabo tal solidaridad es ya otra cuestión. Y ello no sería mera cuestión de altruísmo, ni siquiera sólo de justicia, sino incluso de supervivencia y calidad de vida de los grupos social y económicamente privilegiados. Y sin embargo, se está dando justamente el proceso contrario. En efecto, desde 1992, poco después de la desaparición definitiva del llamado socialismo real como alternativa, la ayuda a los países en vías de desarrollo se ha reducido en 15.000 millones de dólares (tres billones de pesetas), lo que contrasta abiertamente con el crecimiento del 70% que han vivido los mercados financieros de Estados Unidos y Europa en sólo los tres últimos años. Por ejemplo Estados Unidos ha pasado de una ayuda oficial al desarrollo del 0,21% de su PIB en 1990, al 0,09% en 1997. Todo ello está produciendo, como ya hemos dicho, tasas de pobreza y desigualdad antes nunca conocidas.

Insisto: ¿qué hacer? Consideremos brevemente dos casos: el norteamericano y el europeo. En Europa, sólo hay una forma de parar la continua y dramática llegada de pateras repletas de inmigrantes, y esa forma consiste precisamente en fomentar la riqueza en sus países de origen, además de la imperiosa necesidad -y no sólo ética y humanitaria- de recibir con los brazos abiertos a los que vayan llegando. Las dos medidas son, naturalmente, complementarias. Es más, no olvidemos que incluso por egoísmo y necesidad de supervivencia necesitamos a los inmigrantes. Más aún, si somos capaces de construir positivamente una sociedad multicultural, y contra de los temores de Berger y Luckman (1997) así como de los de Sartori (2000), las personas provenientes de otras culturas contribuirán a enriquecer enormemente la nuestra. No olvidemos que el mestizaje cultural siempre fue enormemente enriquecedor. Por otra parte, los Estados Unidos están viviendo las dos situaciones de que antes nos hacíamos eco: necesita ser solidario con los países pobres, fundamentalmente, en este caso, latinoamericanos (México, Colombia, Venezuela, etc.), y necesita que los norteamericanos más ricos sean solidarios con los más pobres, al menos para romper el círculo vicioso en que trágicamente están ahora metidos: bajan los impuestos o al menos no se incrementan de una forma adecuada, por lo que se reducen de una forma importante las ayudas sociales, lo que aumenta la miseria y el hambre, así como los bajos niveles de estudios e incluso el analfabetismo. Esta situación incrementa las tasas de delincuencia y, consecuentemente, también los gastos en seguridad (policía, empresas privadas de vigilancia y seguridad) y en cárceles, con lo que al final se gasta más dinero del que se ahorró en impuestos, pero con un coste social elevadísimo (sufrimiento de millones de pobres, incremento del hambre y las enfermedades en las niñas y niños de esas familias pobres, miedo e inseguridad de los ricos, etc.). Deberíamos

tener muy presente que para que las personas del Tercer Mundo puedan satisfacer sus necesidades más primarias, como la comida, la vivienda, la sanidad, etc., es necesario que los del Primero dejemos de despilfarrar. "La indiferencia, la avaricia y el racismo de Occidente no pueden continuar funcionando si se quieren evitar más guerras del Golfo. Es preciso un Plan Marshall para los países del Tercer Mundo: Sudamérica, África, el islam y parte de Asia. Por supuesto no se trata de imponer en todos el *American way of life*, pues quizá algunos no lo deseen; pero es preciso ayudarles a conseguir el nivel que les parezca digno y compatible con sus valores, su tradición y su cultura" (Racionero, 2000, pág. 74). Se necesita, pues, una política económica, de implantación planetaria, que abogue por la re-regulación, como la gente empieza a exigir, tal como se constató no hace mucho tiempo tanto en Seattle, como en Praga, en Génova, en Barcelona o en Sevilla (véase Beck, 1998; Bourdieu, 1998; Estefanía, 2000; Falk, 2002; Galdon, 2002; Pastor, 2002; Riera Montesinos, 2001; Sampedro, 2002; Taibo, 2001, etc.). No olvidemos que *Seattle marca los límites de lo económico*. Más en concreto, el movimiento antiglobalización está siendo realmente eficaz a la hora de alcanzar sus objetivos. Más aún, bien pudiera ser para la sociedad postmoderna y postindustrial del siglo XXI el equivalente a lo que fueron los sindicatos y movimientos de izquierda para la sociedad moderna e industrial del siglo XX. De ahí el interés del poder por desprestigiarlo y criminalizarlo. Y es que *Génova también existe* y el poder ya generado por la globalización es pavoroso. De ahí la dificultad de cambiar las cosas: como señala Ignacio Ramonet (1999, págs. 58-59), el poder económico-financiero con el poder de información a su servicio, es el que maneja los hilos. Por ello, sea cual sea el color de los gobiernos europeos, su política es casi idéntica, justamente la que fija el FMI. "Esto demuestra cómo la política hoy va a remolque de la economía. Y no se trata de la economía en el sentido de lo real, sino de la economía financiera, por tanto de una economía de especulación... Vivimos en una situación nueva de crisis, no de crisis en el sentido económico y social del término, sino una crisis de civilización, de percepción del rumbo del mundo, tropezamos con dificultades que tienen su origen en un cierto número de fenómenos a escala planetaria que han transformado la arquitectura intelectual y cultural en la que nos desenvolvemos, aunque no sabemos describir este edificio en cuyo interior nos encontramos" (Ramonet, 1999, pág. 60). El reto que nos planea esta nueva situación consiste precisamente en trabajar en la dirección de reducir las desigualdades sociales, tanto entre países como dentro de cada país, con vistas a su desaparición, con lo que desaparecería también la pobreza, principal fuente de exclusión. Y para ello también la escuela y quienes en ella trabajamos debemos concienciarnos de nuestra responsabilidad.

Lo que necesitamos, en definitiva, es cambiar este sistema por otro que se base no en la competencia sino en la *solidaridad* y en la *ayuda mutua*. Todos sabemos de su enorme dificultad, pero, como se decía en el París del 68, seamos realistas y pidamos lo imposible. No es cierto en

absoluto que el hombre sea intrínsecamente insolidario y competitivo ni que, como se ha extraído continuamente de la obra de Darwin, haya sido la competición lo que ha llevado a la especie humana a subsistir entre muchas otras especies animales. Por el contrario, como demostró fehacientemente Kropotkin (1988), fue la cooperación la base de nuestra subsistencia. Si hoy día los hombres no queremos sucumbir a nuestra propia obra debemos ser *solidarios* además de cooperativos. Y la escuela tendrá que ser una de las piezas fundamentales para enseñar a los niños y niñas de ahora -los adultos del mañana- a ser más cooperativos y solidarios, por ejemplo mediante la utilización de técnicas de aprendizaje cooperativo en clase ((véase también Ovejero, 1990, 1993; Ovejero y cols. 1996). Si no queremos ser destruidos por nosotros mismos, debemos construir otro tipo de sociedad basado en la cooperación y la solidaridad. De ellos depende nuestro futuro.

### Referencias Bibliográficas

- Álvarez-Uría, F. (2000): Los viejos y el futuro de la inseguridad social. *Archipiélago*, 44, 17-24.
- Bales, K. (2000): *La nueva esclavitud en la economía global*. Madrid: Siglo XXI (original, 1999).
- Beck, U. (1998): *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Berger, P.L. y Luckmann, Th. (1997): *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido: La orientación del hombre moderno*. Barcelona: Paidós (original, 1995).
- Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Bourdieu, P. (1998): L'essence du néolibéralism. *Le Monde Diplomatique*. París. Marzo, 1998.
- Brzezinski, Z. (1970): *La revolución tecnocrática*. París: Calmann-Lévy (original, 1969).
- Castel, R. (1995): De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso. *Archipiélago*, 27-36.
- Cebrián, J.L. (1998): *La red: Cómo cambiarán nuestras vidas los nuevos medios de comunicación*. Madrid: Taurus.
- Chomsky, N. (2001): *El beneficio es lo que cuenta: Neoliberalismo y orden global*. Barcelona: Crítica.
- Estefanía, J. (2000): *Aquí no puede ocurrir: El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Taurus.
- Estefanía, J. (2001): Las flores venenosas. *El País*, 26 de junio de 2001.
- Etxezarreta, M. (2001): Algunos rasgos de la globalización. En R. Fernández Durán, M. Etxezarreta y M. Sáez (2001): *Globalización capitalista: Luchas y resistencias*. Bilbao: Virus Editorial
- Falk, R. (2002): *La globalización depredadora: Una crítica*. Madrid: Siglo XXI.
- Fukuyama, F. (1992): *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.
- Galdon, G. (2002): *Mundo, S.A.: Voces contra la globalización*. Barcelona: La Tempestad.
- George, S. (2001): *Informe Lugano*. Barcelona: Icaria.
- Giddens, A. (2000): *Un mundo desbocado: Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.

- Giner, S., Lomo de Espinosa, E. y Torres, C. (Eds.)(1998): *Diccionario de Sociología*. Madrid: Alianza.
- Gray, J. (1998): *The delusions of global capitalism*. Londres: Granta Books.
- Greider, W. (1997): *One world, ready or not: The manic logic of global capitalism*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Jáuregui, R., De la Puerta, J. y Egea, F. (2001): Bailando en el "Titanic". *El País*, 10 de febrero de 2001, p. 12.
- Karol, K.S. (1998): Rusia, rehén de un capitalismo mafioso. En I. Ramonet (Ed.): *Pensamiento crítico vs. pensamiento único*, pp. 157-164. Madrid: Debate.
- Korten, D.C. (1995): *When corporations rule the world*. West Hartford, CN, y San Francisco, CA: Kumarian Press y Berrett-Koehler.
- Kropotkin, P.A. (1988): *El apoyo mutuo: Un factor de la evolución*. Madrid: Ediciones Madre Tierra (original, 1902).
- Mattelart, A. (1998): Los nuevos escenarios de la comunicación mundial. En I. Ramonet (Ed.): *Pensamiento crítico vs. pensamiento único*, pp. 216-226. Madrid: Debate.
- McLuhan, M. (1970): *Guerra y paz en la aldea global*. París: Laffont (original, 1969).
- Ohmae, K. 1997): *El despeque de las economías regionales*. Bilbao: Deusto (original, 1995).
- Ortega, A. (2000): *Horizontes cercanos: Guía para un mundo en cambio*. Madrid: Taurus.
- Ovejero, A. (1990): *El aprendizaje cooperativo: Una alternativa a la enseñanza tradicional*, Barcelona: P.P.U.
- Ovejero, A. (1993): Aprendizaje cooperativo: Una eficaz aportación de la Psicología Social a la escuela del siglo XXI. *Psicothema* (Supl.), 5, 373-391.
- Ovejero, A. (2000): Necesidad de una nueva psicología social: Perspectivas para el siglo XXI. *La psicología social en España al filo del año 2000: Balance y perspectivas*, pp. 15-39. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ovejero, A. (2002): *La cara oculta de los tests de inteligencia: Un análisis crítico*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ovejero, A., Gutiérrez, M. y Fernández, J.A. (1996): Eficacia del aprendizaje para la integración escolar: Una experiencia en 2º ciclo de EGB. *Aula Abierta*, 68, 97-113.
- Paolini, A.J., Jarvis, A.P. y Reus-Smit, C. (Eds.)(1998): *Between sovereignty and global governance: The United Nations, the State, and Civil Society*. Londres: Macmillan Press.
- Pastor, J. (2002): *¿Qué son los movimientos antiglobalización?* Barcelona: RBA/Integral.
- Racionero, L. (2000): *El progreso decadente: Repaso al siglo XX*. Madrid: Espasa.
- Ramonet, I. (1999): *La tiranía de la comunicación*. Madrid: Debate.
- Riera Montesinos, M. (Ed.)(2001): *La batalla de Génova*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Sampedro, J.L. (2002): *El mercado y la globalización*. Barcelona: Destino.
- Sennett, R. (2000): *La corrosión del carácter: Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Singer, P. (2000): *Una izquierda darwiniana: Política, evolución y cooperación*. Barcelona: Crítica.
- Soros, G. (1999): *La crisis del capitalismo global*. Madrid: Debate (original, 1998).

- Stiglitz, J. (2002): *El malestar en la globalización*. Madrid: Taurus.
- Taibo, C. (2001): *Cien preguntas sobre el nuevo orden: Una mirada lúcida sobre la globalización y sus consecuencias*. Madrid: Punto de Lectura.
- Tezanos, F. (1999): *Tendencias en exclusión social en las sociedades tecnológicas: El caso español*. Madrid: Sistema.
- Thomas, H. (1998): *La trata de esclavos: Historia del tráfico de seres humanos de 1440 a 1870*. Barcelona: Planeta (original, 1997).
- Vázquez Montalbán, M. (2001): Prólogo sobre el subversivo "Informe Lugano". En S. George: *Informe Lugano*, pp. 7-11. Barcelona: Ecaria Editorial.
- Whitaker, R. (1999): *El fin de la privacidad: Cómo la vigilancia total se está convirtiendo en realidad*. Barcelona: Paidós.